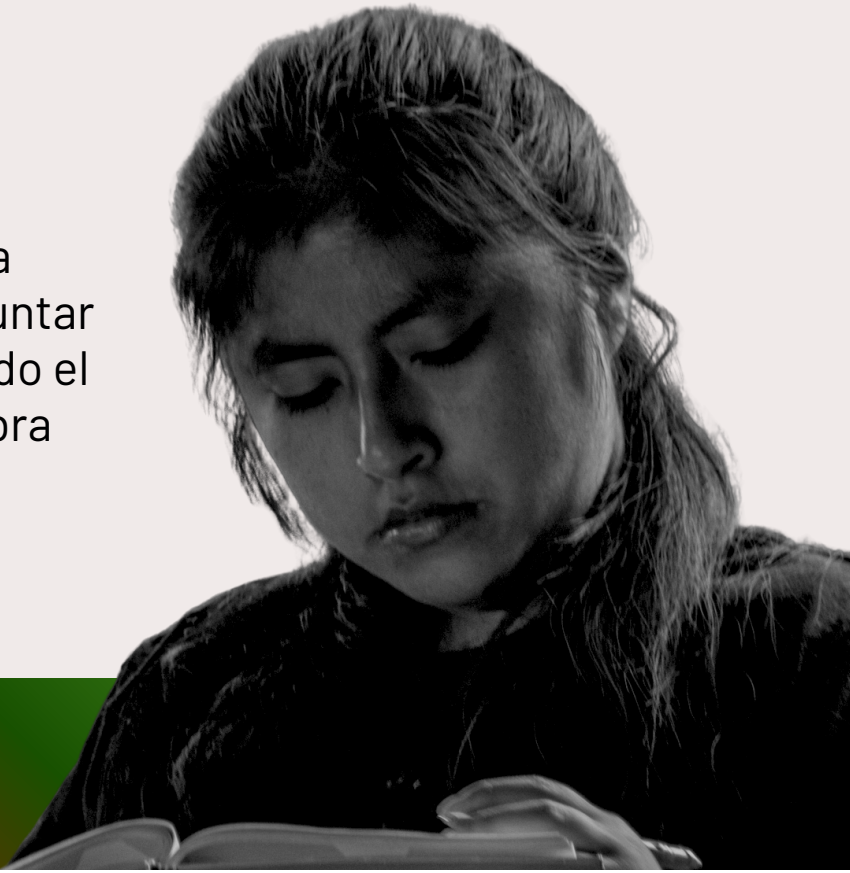


Cuando los sueños de los niños nos vuelven a llamar



La comunicación propia empieza cuando alguien se atreve a preguntar desde el corazón. Empieza cuando el cuerpo se cansa, cuando la palabra se demora y cuando el silencio también tiene algo que decir.



Los sueños de los jóvenes y de los niños no son algo que viene después: son ahora. Son el llamado que nos obliga a revisar lo que estamos haciendo, cómo lo estamos contando y para quién lo estamos haciendo.



Las semillas guardan memoria, saben esperar y reconocen el tiempo. Así ha caminado nuestra organización.

Como comunicadores indígenas en proceso organizativo, no hablamos desde afuera. Somos parte de ese maizal. También nos hemos enredado, hemos dudado y nos hemos cansado.



Hoy, los niños y las niñas son los guardianes visibles de ese legado. Ellos no solo repiten lo que decimos: nos miran, nos preguntan y nos enseñan. Y eso nos compromete más, porque no basta con decir que cuidamos el territorio, también debemos revisar cómo lo estamos haciendo.

Hablar de comunicación propia es hablar de cuidado: Cuidar la palabra. Cuidar el cuerpo. Cuidar la relación con el territorio.

No queremos cerrar con una consigna, sino con una imagen:

- Volver al árbol.
- Volver al fogón.
- Escuchar a los mayores.
- Ver a los niños jugar.
- Sentir la tierra húmeda después de la lluvia.

Y quedarnos con esta pregunta:

¿Estamos soñando lo suficiente y, sobre todo, estamos cuidando esos sueños para que no se nos pierdan en el camino?